que soy mortal, percibo aquella desigualdad en mí, y sólo de corazon os agradezco vuestra paternal acogida.

»Perla viviente que enriqueces ese joyel magnífico (1), te ruego me digas tu nombre.»

«¡Querido retoño mio, cuya espera me complacia tanto, yo he sido tu raíz!» Tal fué su respuesta.

Despues añadió: «Aquel, del que tomó orígen tu raza y que más de cien años se ocupa en dar la vuelta á la cuesta primera de la montaña, fué mi hijo y bisabuelo tuyo; es necesario que tus buenos oficios aminoren su larga fatiga.

»Casta y sóbria vivió en paz Florencia en su antiguo recinto, desde el que percibe las horas tercia y nona; ni tenia argollas, ni corona ni esbeltas mujeres, ni más preciosos cinturones que las personas que los lucian; y al nacer la hija no amedrentaba á su padre, pues la hora de enlazarla y el dote no habian rebosado aun toda codicia.

»Entonces no se hallaban casas sin niños, ni habia aparecido Sardanápalo para desmostrar lo que en un aposento puede practicarse.

»Montemalo (2) todavía no era vencido por vuestro Uccellatojo, que así lo superará en pujanza como en desfallecimiento.

»Ví salir á Bellincion Berti (3), con cinto de cuero y hueso, y apartarse del espejo á su mujer con la cara sin afeites.

»Ví á los de Nerli y Vecchio conformarse con una piel simple, y á sus mujeres dedicadas á hilar. ¡Oh venturosas mujeres! las cuales todas sabian el sitio de su tumba y ninguna de ellas se hallaba sola en su lecho para la Francia.

»Una velaba su cuna, y para acallar al pequeñuelo, hacia uso de aquel eco que nace del primer regocijo de los padres y las madres, en tanto que otra, tirando de la blanca cabellera de su rueca, razonaba con su familia respecto de los troyanos, de Roma y de Fiesole.

»Entonces un Cianghella ó un Lapo Salterello hubieran causado la misma novedad que hoy causarian un Cincinato ó una Cornelia.

(1) La cruz de fuego.

(2) Montemalo ó Monte Mario, cerca de Roma; Uccellatojo, monte cercano á Florencia: significa que Roma aun no habia sido vencida por Florencia; mas que pronto acabaria el esplendor de esta.

(3) El padre de la bella Gualdrada.

»Invocada á gran voz la Vírgen María, permitió que naciera bajo una dulce techumbre, do se disfrutaba la más completa paz y la más leal civilizacion, y en vuestro bautisterio antiguo fui á un tiempo llamado cristiano y Cacciaguida.

»Eliseo y Moronto fueron mis hermanos; mi mujer era procedente del valle del Pó, y de allí se formó tu segundo nombre. Luego seguí al emperador Conrado (1), que premió mis hechos gloriosos. A su servicio milité contra la ley maligna de aquel pueblo (2), que por causa de vuestro pastor usurpó vuestros dominios.

»Aquella infame raza me libró del mundo fementido, cuyo amor tantas almas envilece, y su torcedor me proporcionó esta santa paz.»

CANTO DÉCIMOSEXTO

Cacciaguida habla del sitio y época de su nacimiento.—Dice lo que entonces era la ciudad de Florencia, las principales familias que en ella figuraban, y finalmente, los desórdenes que vinieron de las costumbres nuevas.

RAQUÍTICA nobleza de la sangre, si eres el móvil del orgullo de los hombres en esta tierra donde tan débil es nuestro espíritu, no serás ya nunca para mí objeto de veneracion, pues que allí donde no hay mezquinos deseos (en el Cielo), me glorificaba de ello!

No eres más que un ropon que acorta, de continuo, la tijera del tiempo, por más que de continuo se le estire.

Con la palabra *vos*, á la que rindió vasallaje Roma, la primera, y en el uso de la que sus descendientes perseveraron menos, tornarán á comenzar las mias.

Beatriz, que se hallaba un tanto apartada á la sazon, empezó á sonreir, asemejándose á la que tosió á la primera falta de esa Ginebra de que trata la Crónica (3).

(1) Conrado III, que murio en 1152.

(2) Los sarracenos, que entonces devastaban la Italia.

(3) Téngase presente el episodio de Francisca de Rimini.

Comencé de este modo: «Vos, mi padre, sois quien me dais la precisa fuerza para hablar; tan alto me elevais, que soy infinitamente más de lo que fuera. Mi alma, fertilizada por tantos raudales, se convierte en una fuente de alegría que mana de contínuo sin quebrarse.

»Amado tronco, decidme quiénes fueron vuestros abuelos, y qué años formaron época en vuestra niñez.

»Mencionadme el rebaño de san Juan (1); indicadme lo que fuera á la sazon, y quiénes eran los personajes y los que ocuparon los altos puestos.»

Como se aviva la llama del carbon al soplo del viento, ví brillar á mis acentos aquel resplandor; y si hermoso pareció á mi vista, más grata fué su voz á mi oido, cuando me dijo, y no en nuestra flamante lengua:

«Desde el dia que se dijera *Salve* (2), al parto en que mi madre, que hoy es una santa, se vió libre de mi peso, ese planeta (3) se inflamó quinientas cincuenta y tres veces debajo de los piés de su leon.

»Mis abuelos y yo vimos la luz en el lugar donde se encuentra el último distrito de la ciudad (4), para el que corre en vuestros anuales juegos.

»Confórmate con esto, relativamente á mis abuelos; lo que han sido y su procedencia, es mejor para ser callado que para hablado.

»Cuantos se hallaban á la sazon en aptitud para llevar las armas, desde la estátua de Marte (5) al Baptisterio, formaban un quinto de los que en la actualidad hay con vida; mas la poblacion, que es ahora una amalgama de gentes de Campi, Figgine y Certaldo, era entonces pura, hasta el más humilde de sus indivíduos.

»¡Oh! ¡Más valiera tener por vecinos á los que nombro, y que nuestra frontera se hallase en Galluzzo y Trespiano, que sustentar tales gentes dentro de vuestros muros y tener que aguantar el hedor del labriego de Aguglione y del Signa, que se apercibe ya del tráfico!

(1) Alude á Florencia, cuyo patron es san Juan.
(2) De la salutacion del ángel á 1090 ó 1091.
(3) Marte.
(4) Barrio de San Piero.
(5) Estátua de Marte en *Ponte Vechio*.

»Si la nacion más degenarada de la tierra no se hubiera conducido cual madrastra con César, y casi cual cariñosa madre con su hijo (hubo florentino, mercader ó cambista que se hubiera vuelto á Simifonti, do su padre pordioseaba), aun los Conti se hallarian en Montemurla, en Cerchi, en Prieve de Ancona y acaso en Valldigrieve los Buondelmonti.

»La confusion de las clases ha sido siempre la base de las desgracias de una ciudad, como lo es para el cuerpo la acumulacion excesiva de alimentos.

»Ciego el toro, se rinde al cordero ciego, y sola una espada corta alguna vez mejor que cinco. Si te paras en Luvi y Urbisaglia, y de la manera cómo desaparecieran y cómo siguen en pos de ellas Chiusi y Sinigaglia, no te asombraras al ver cómo se desvanecen las familias, cuando hasta los mismos pueblos tienen época marcada.

»Vuestros objetos fenecen como vosotros, aunque algunos lo disimulan y parecen duraderos á causa de la cortedad de nuestra vida.

»Así como la carrera del cielo de la Luna, que oculta y descubre continuamente las orillas del mar, obra respectivamente á Florencia, la fortuna. De suerte, que no se debe extrañar de lo que diga de aquellos florentinos, cuya fama yace envuelta en las corrientes de los tiempos. Ví á los Ughi, los Catellini, los Filippi, los Greci, los Ormani y Alberichi, siendo ciudadanos ilustres á su decadencia; ví del mismo modo juntos con los de Senella y los de Arga, á los Soldanieri, Ardiaghi y Bostichi, tan grandes como antiguos.

»Próximos á la puerta, cargada hoy con una flamante felonía de tanta gravedad, que luego hará zozobrar vuestra nave, se hallaban los Ravignani, de los que descendieron el conde Guido y cuantos tomaron luego el nombre del grande Bellincione.

»Ya sabia gobernar Della Presa, y Galigaio habia dorado en su casa la guarnicion y pomo de su espada.

»Inmensa era ya la columna del Vair (1), é ilustres los Sacheti, Guiochi, Sifanti, Barucci, los Galli y los que se avergüenzan á la idea de la medida (2).

»La rama de donde vinieran los Calfucci ya era grande, y

(1) El escudo de los Bili.
(2) Los Chiaramonti ó Tosinghi, que alteraron la medida del grano.

ya habian sido elevados á las sillas curules los Sizzi y los Arriquzzi.

»¡Qué poderosos contemplé á los que se destrozaron con su orgullo propio! Las bolas de oro lucian en todos los grandes hechos de Florencia.

»De igual manera obraban los padres de los que en cuanto queda vacante la sede episcopal, engordan concurriendo al consistorio. La altiva familia (1), terrible cual un leon para el que huye, y mansa cual la cebra para el que le muestra los dientes ó el bolsillo, principiaba á destacarse; mas eran tan pigmeos sus hombres, que no quiso Ubertino Donato que su suegro le enlazase con ella.

»El Caponsacco ya habia venido de Fiesole al mercado, y Ginda é Infangato eran ya buenos patricios.

»Una cosa increible y verídica te diré: se penetraba en el insignificante recinto que formaba la ciudad por la puerta pequeña que tomaba nombre de casa de la Pera.

»Los que ostentan las preciosas insignias del gran baron (2),

(1) Los Adiriam.
(2) Hugo, el marqués de Toscana.

cuya honra y nombre se animan en la fiesta de Tomás, recibieron sus órdenes caballerescas y sus privilegios, por más que estuviera adherido al bando del pueblo el que rodea su blason con bordado de oro.

»Existian ya los Gualterotti é Importuni, y seria más grande el sosiego del Borgo, á no haber encontrado vecinos nuevos.

»La casa de donde emanaron vuestros torcedores, por la justa cólera que os destruyó y puso término á vuestra vida venturosa, llegó con los suyos á los honores más encumbrados. ¡Ah Buendelmonte! ¡Qué mal obraste evitando su enlace (1) cediendo á las instancias del otro!

»Muchos tristes, estarian alegres, si Dios hiciera don de tu cuerpo á Ema, cuando por primera vez fuiste á la ciudad. Necesario era, sin embargo, que Florencia inmolara una víctima sobre la piedra quebrada que guarda el puente, ya que ha desaparecido la paz.

»Con estas y otras varias familias vi á Florencia en completa calma, y no tenia causa alguna por qué llorar; he visto á su pueblo con dichas familias tan justo y glorioso, que jamás el pico de la lanza de la flor de lis se vió enrojecido ni inclinado por discordia civil.»

CANTO DÉCIMOSÉTIMO

Cacciaguida hace presente al poeta las desgracias que le predijeron en el Infierno y en el Purgatorio.—Vaticinándole su destierro de Florencia, y la hospitalidad que encontrará entre los señores della Scala.—Finalmente le encarga que escriba cuanto ha visto en su viaje.

Como aquel que se llegó á Climene para orientarse de lo que contra él oyera, y cuya imprevision es motivo todavía de que los padres fien menos de sus hijos (2), quedéme yo, y tal parecí á Beatriz y á la santa luz (3), que por mí cambió de sitio antes de tiempo.

(1) Y enlazarse á una Donati; de aquí partieron las querellas entre los güelfos y los gibelinos.
(2) Faetonte exigió á Clemente le dijese si era tal hijo de Apolo.—Además era tan poco previsor y guiaba tan mal el carro de su padre, que enterados los otros padres, fueron desde allí menos confiados en sus hijos.
(3) Cacciaguida.

La Dama dijo entónces: «Exhala el ardor de tu anhelo, á fin de que se vislumbre impreso su interior deseo: no porqué tus palabras te nos manifiesten mejor, sino para que te determines á revelar tu sed y te pueda proporcionar otro el elixir para calmarla.

»¡Oh dulce tallo mio! es tanta la altura de tu elevacion, que cual ven los espíritus terrenales que no hay triángulo suficiente á contener dos ángulos, obtusos, percibes tú las cosas contingentes antes de suceder, con solo mirar el sitio en que están presentes todos los tiempos.

»En tanto que bajo el apoyo de Virgilio, me hallaba en el monte donde se curaban las almas y mientras bajaba al mundo de los muertos, se me manifestaron cosas de tal trascendencia respecto á mi vida futura, que aun creyéndome un tetrágono contra los embates del porvenir, quisiera saber la suerte que me está deparada, pues que la flecha prevista va siempre más despacio.»

Esto manifesté á la luz que me hablara antes, para insinuarle mi deseo segun idea de Beatriz. Y en lugar de las ambigüedades en que caian los pueblos locos (1) antes de que fuera inmolado el Cordero de Dios, redentor de las culpas, me respondió en correcto latin y claras frases aquel paterno amor habido en su luz que se manifestaba sonriendo:

«Lo contingente, que no pasa más allá de los límites de vuestra materia, se halla todo figurado hajo la eterna mirada; á pesar de ello, la necesidad depende sólo de la mirada del que ve descender la nave por la corriente.

»De aquí que llegue á mis ojos la época que para tí se aproxima, como se viene al oido el dulce eco del órgano.

»Partió Hipólito de Atenas por la malevolencia y perfidia de su suegra, como partirás tú de Florencia. Esto es lo que se desea, lo que se pide y lo que no tardará en verificarse, por lo que del asunto se ocupan allí donde diariamente se comercia en el propio Cristo.

»El delito surgirá del partido derrotado, segun costumbre; mas la divina Justicia probará la verdad, ella, que es dispensadora de las venganzas.

»Te verás precisado á separarte de tus más queridos objetos; éste es el primer flechazo que arroja el arco del destierro; sufrirás el mal sabor del ajeno pan, y el cansancio que da el subir y bajar por la escalera de otro. Mas tu carga pesada será la estúpida y mala compañía, con la que te dirigirás al valle; pues desgraciada, loca é impía, se declarará en contra tuya, si bien á poco se avergonzará de su obra.

(1) Por los oráculos de las Sibilas.

»Su proceder será el proceso de su brutalidad, de suerte que será grande loor para tí el haberte formado tú solo un partido. Tu primer auxilio y tu primer asilo se deberán á la cortesía del gran Lombardo que conduce sobre su escala el ave sacrosanta.

»Fijará en tí su benévola mirada, que entre el favor y el ruego será primero el que entre los demás tiene costumbre de ser último. Al lado de él notarás al que al nacer recibió una fuerza tal de aquella estrella, que serán hermosos todos sus actos (1).

»Aun los pueblos no tuvieron motivo de notarlo, por causa de su corta edad, pues sólo nueve años giran estas esferas á su alrededor. Mas antes de que el Gascon (2) sorprenda al gran Enrique (3), principiará á resplandecer el fuego de su virtud en menosprecio al oro y las fatigas. Hasta tal punto será magnánimo, que ni sus contrarios callarán respecto á ella.

»Puedes contar con él y sus beneficios; muchos hombres serán reformados por él, y ricos y pobres cambiarán su condicion. No digas á nadie las predicciones que sobre él te acabo de hacer, mas procura grabarlas en tu mente.» Otras cosas me insinuó que parecerán increibles hasta á los que las vean.»

Despues añadió: «Estos son los motivos de lo que te se dijera, y éstos los lazos que te se esconden detrás de cortos años.

»Sin embargo, quiero que los vecinos no exciten tu envidia, pues tu vida será más duradera que el plazo prefijado para castigo de su avilantez.»

Luego que la santa alma demostró con su silencio haber concluido la trama que necesitaba la tela que para su urdi-

(1) El Grande Can, nacido en la influencia de Marte.
(2) El papa Clemente V.
(3) Enrique VII, emperador, falleció el año 1313.

miento lo presentara yo, fluctué como el que quiere aconsejarse de persona capaz de amar y ver recta y cariñosamente.

«Noto, padre mio, que el tiempo aguijonea su corcel hácia mí para asestarme un golpe tanto más brusco, cuanto que se excede con más facilidad; siendo así, será opurtuno armarme de prevision, para que si se me despoja del sitio que me es más amado, no pierda los demás para mis estrofas.

»Allí abajo en la tierra siempre amarga, y en la preciosa cima de la montaña de donde me sacaran los ojos de mi Señora, para conducirme al Cielo supe cosas tales, que el mencionarlas acaso seria para algunos harto duro. Pero siendo un amigo temeroso de la verdad, me expongo á que se confunda mi vida con la de los que llamais al presente, antiguo tiempo.»

Aquella luz en que sonriera el tesoro existente para mí en aquella esfera, principió á lucir cual espejo de oro á los rayos del sol, y me dijo:

«Unicamente una conciencia manchada por su mismo rubor ó por el de otro, hallará violenta tu voz. De suerte, que no debes incurrir en mentira alguna, y más bien depon tu vision, dejando para el sarnoso el oficio de rascarse do le pique. Si al pronto resulta tu palabra áspera al paladar, dejará en cambio una alimentacion sana al hallarse digerida.

»Tu voz será como el vendabal que azota especialmente las cumbres más elevadas, lo que será más honorífico. Por esto sólo te fueron presentadas en estas esferas en la montaña y en el valle del dolor almas de acreditada fama, pues el espíritu del que oye no pára su atencion ni su fe en ejemplos de oscuro y no conocido orígen, ni en obras apenas perceptibles.»

CANTO DÉCIMOCTAVO

Habla Cacciaguida á Dante de algunos espíritus que formaban la Cruz de Marte.—El poeta, guiado todavía por Beatriz, asciende al planeta Júpiter, sexto cielo.—Vé á las almas de los Santos describiendo una grande águila: son los que administraron sana justicia en la tierra.

El bienaventurado espíritu se deleitaba ya en mis palabras, en tanto yo saboreaba mis reflexiones, templando lo dulce con lo amargo, cuando la mujer que me guiaba á Dios, dijo: «Muda de idea y calcula, que me hallo próximo al que nos aligera del peso de nuestras faltas.»

Me volví á la tierna voz de la que era mi alma, y dejo de describir el amor que entonces contemplé en sus divinos ojos, no sólo por desconfianza de mis palabras, sino tambien por lo débil de mi espíritu, que mal podria repetir lo que no alcanza, á no servirle otros de guia.

Unicamente aseguraré, que al considerarla, mi amor quedó exento de todo deseo. En tanto que la eternal alegría irradiaba el peregrino rostro de Beatriz, hacia mi dicha con su inspirado semblante, adivinándome ella á la luz de una sonrisa, me objetó:

«Vuélvete y oye, pues el Paraíso no se halla solamente en mi vista.»

Así como en el semblante se dibuja algunas veces la vehemencia de la pasion que arroba el alma, advertí yo en las chispas del santo resplandor, al cual me volvia el deseo de proseguir en nuestra conversacion.

Y tanto era así, que dijo: «En esa quinta zona del árbol que por la copa se vivifica, dando continuo fruto sin perder nunca sus hojas (1), hay felices espíritus que antes de llegar al Cielo, tuvieron allá abajo tan inmensa celebridad, que no se halla musa que no ensalzara sus actos.

(1) El planeta Marte, círculo quinto del Paraíso.

«Repara los brazos de la cruz, y los que ahora te nombre verificarán lo que en la nube su fuego veloz.»

Sobre la cruz vi que pasaba un resplandor con nombre de Josué, así que fué nombrado, sin que su nombre me fuera conocido antes de pasar.

Al nombre del gran Macabeo ví agitarse una luz que daba vueltas; el regocijo era el látigo de aquel celestial peon

Al oir nombrar á Carlomagno y Rolando, mi vista siguió cuidadosa á dos luces, como sigue el cazador el vuelo del halcon.

Despues á mi vista pasaron sobre aquella cruz Guillermo, Ricardo, el duque Godofredo (1) y Roberto Guiscardo; la luz que antes me dirigiera la palabra, tambien se agitó, y mezclándose con las demás me enseñó cuánta era su distincion entre los cantantes celestiales.

Me volví á la izquierda á fin de que Beatriz me indicase con el ademan ó la mirada lo que debiera hacer, y noté tal pureza en sus ojos y tal alegría en su rostro, que sobrepujaba en hermosura á todos los demás, y hasta á la misma belleza que antes admirara en ellla.

Y cual con creciente regocijo ve el hombre dado por el bien, que avanza de dia en dia hácia la virtud, ví yo que mi ascension circular dibujaba en el Cielo un arco mayor al contemplar á Beatriz, dechado de belleza, más deslumbradora cada vez.

Como se desvanece el rubor de la nívea mejilla de la mujer que perdió la vergüenza, conoció mi vista, al volverme, en la ténue blancura del sexto planeta (2), que me acababa de admitir en su seno, y que el amor que residia en aquel faro de Júpiter, descubria á mis ojos nuestro abecedario entre sus rayos.

Las aves que se alzan sobre el rio y que al vislumbrar su alimento, forman veloces una línea, ya curva, ya recta, no se pueden comparar por su ligereza con las criaturas sacrosantas que cantaban volando entre la luz, describiendo ya una D, ya una I, ya una L.

Al principio se agitaban acompasadamente, cantando;

(1) Godofredo, duque de Lorena, conquistó á Jerusalen.—Guiscardo, duque de Normandía, conquistó á Sicilia.

(2) Planeta Júpiter.

y despues de trazar uno de aquellos signos, pasaban y callaban.

¡Oh musa íntima de Pegaso, que cantando eternizas los espíritus, y haces inmortales cual tú las ciudades y naciones, dame luz para que pueda revelar aquellos rostros, tal como los ví, y haz ostensible tu valía en estos pocos versos!

Las luces por cinco veces formaron siete vocales y consonantes, y anoté por órden aquellos trazos, segun la manera como se me presentaban.

Diligite justitiam: este es el primer verbo y nombre de toda composicion; *Qui judicatis terram*, los últimos. Al trazar la M de la postrera palabra, aquellas luces tenian tal disposicion, que Júpiter parecia de oro y plata.

BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA
Srita. Felícitas Lozaya
PROFESORA DE CANTO

En aquel punto ví bajar otros resplandores sobre la parte superior de la M, do pasaban cantando: «Creo en el bien que las atrae.»

Y como del choque de dos brasas brotan infinidad de chispas, tenidas por los necios por otros tantos augurios, así miles de resplandores parecian subir, unos á gran altura, otros no tanto, segun la distribucion del sol que los alumbra. Al estar cada uno en su sitio, ví que formaban la cabeza y cuello de un águila.

No necesita guia el que pintó esto; él mismo se basta, y de él viene la virtud que da forma á los nidos. Los otros bienaventurados, que en un principio se conformaban con fabricar sobre la M una corona de lis, hicieron luego una pequeña oscilacion y quedó acabada la forma del águila.

¡Ah grata estrella! ¡Cuántas joyas preciosas me indicaron que nuestra justicia es obra del Cielo, del que eres diamante divino!

Por lo que pido á la razon, principio de tu fuerza y movimiento que indague de dónde procede el humo que oscurece tus rayos, para que se irrite nuevamente contra los comerciantes del templo, que debió su cimiento á los milagros y á la sangre de los mártires.

¡Oh milicia del cielo, que contemplo, adora á Dios por los que existen en la tierra extraviados por causa de los malos ejemplos!

Antes era costumbre hacer guerra con la espada; hoy se practica arrebatando aquí y allí el pan que el padre caritativo reparte entre sus hijos.

Mas tú, que escribes tan sólo para borrar (1), calcula que Pedro y Pablo, que murieron por la viña que tú abandonas, viven aun. Puedes decir con entera verdad: «Pongo de tal suerte mis deseos en el que apeteció morir solitario (2) y fué arrastrado al tormento, que desconozco al pescador y á Pablo.»

---

(1) Bonifacio VIII, á quien se acusa de alzar entredichos, por sólo procurarse dinero al levantarlos.

(2) Quiere decir en los florines, que tenian la imágen de san Juan Bautista.

CANTO DÉCIMONOVENO

Apóstrofe contra las simonías y avaricia de sus tiempos.—Interroga el poeta á las almas que describen la celeste Aguila, sobre la posibilidad de salvarse ó no el que no conociera y practicara la fe cristiana.

DELANTE de mí y con las alas tendidas, estaba la bella imágen que con su dulce arrobamiento acrecentaba el placer de las almas allí reunidas. Asemejaban preciosos rubíes que reflejaban en mi vista, herida por los resplandores del sol más refulgente. Lo que ahora debo bosquejar, no puede cantarlo voz humana, ni aun concebirlo; pues ví y aun percibí al pico decir en su voz peculiar: *yo* y *mio*, no teniendo en su idea el *vos* y el *vuestro*.

Despues empezó así: «Me hallo elevado á tal gloria, por haber practicado la justicia y la piedad; gloria que no puede eclipsar deseo alguno. En la tierra es tan grata mi memoria, que aun la malevolencia la ensalza, á pesar de que no sigan sus huellas.»

Y así como es uno solo él calor que despiden distintos tizones, uno solo era el eco que venia de aquella, sin embargo de formarla amores distintos.

Yo respondí: «¡Ah eternas flores del eterno goce, que cual único aroma me dais vuestros perfumes, reposad, exhalándoos la crudeza del inmenso ayuno que tan grande hambre me hizo pasar hallá en el mundo donde no existia para mí ningun alimento!

No ignoro que si la divina Justicia es espejo para otra esfera, la vuestra deja de percibirla á través de un crespon; vosotros no ignorais la atencion con que lo oigo, ni la duda que siembra en mí un ayuno tan antiguo.»

Como el halcon que, al encontrarse desembarazado de su capirote, bate las alas, y orgulloso demuestra sus deseos, ví agitarse al águila formada de alabanzas de divina gracia, cuyas voces sólo pueden entender los que gozan de ellas en las alturas.

Luego respondió: «El que giró su compás al extremo del

mundo, y que guardó en el espacio tantos objetos ocultos y potentes, no pudo dejar en todo el orbe una prueba mayor de inmenso poderío que su Verbo no la sobrepujase; la que nos enseña que el primer orgulloso, sin embargo de tener más talla que ninguna otra criatura, cayó antes que alcanzara la razon que da la gracia, por no esperar la luz.

»De lo que viene, que toda criatura de menos talla que aquella, es receptáculo asaz angosto para dar cabida á un bien sin límite, y que sólo se puede medir por sí propio; así, nuestra vista (que no es más que uno de los rayos del espíritu que todo lo llena) no puede por su pequeñez tener fuerza tal, que advierta su principio en los preciosos límites.

»La vista que se dispensa á nuestro mundo, penetra en la eternal justicia como el ojo en lo interior del Océano, el cual aunque vea el fondo en la orilla, deja de verle en alta mar; el fondo existe, mas la profundidad le esconde.

»No hay luz que no emane de este punto sereno, que nunca se ve cubierto de celajes; fuera de él todo son tinieblas y sombras de la carne ó de su ponzoña.

»Creo haber descorrido suficientemente el velo que te ocultara á la viva justicia, sobre la cual preguntabas y decias:

«La criatura nacida en el Indostan, donde nadie nombra al Cristo, ni sobre él se lee ni escribe, siendo sus actos y deseos sanos y morales, la vida de aquel sér no debe tener tacha; y aun muriendo sin bautizar y sin fe, ¿con qué justicia se podrá condenar? ¿Qué tanto de culpa tendrá por no creer?»

»A pesar de ello, ¿quién eres tú para querer pertenecer á un tribunal que ha de juzgar á miles de millares siendo así que tu vista no domina más que un palmo de distancia? Indudablemente habria materia de duda y asombro para el que fuera, como yo, á no resplandecer en vosotros la luz de la Escritura.

»¡Oh séres terrenales! ¡Oh menguados espíritus! La primitiva voluntad, sana por sí propia, jamás se apartó de sí, que es el bien infinito. Unicamente es justo lo que le es afin; no existe bien creado que la pueda atraer; ella es la que produce el bien con sus resplandores.»

Como cigüeña que se agita en el nido despues de haber templado la necesidad de sus hijuelos, y á semejanza del que de éstos la mira satisfecho, así alcé yo la frente ante la imágen que tendiera sus alas movidas por infinitos espíritus.

En tanto se agitaban, decia cantando: «Mis acordes serán oscuros para tí, como lo es para los que morais allá abajo la eterna justicia.»

Los magníficos acordes del Santo Espíritu siguieron todavía reposando en el signo hecho á los romanos, tan temibles para el mundo entero; añadiendo el águila: Jamás pudo ascender á este imperio quien no creyó á Cristo, antes ó despues de su martirio en la Cruz. Hay ecos que gritan: «¡Cristo, Cristo!» que en el instante del juicio final se hallarán más alejados de él que algunos que no le conocieron jamás.

»Semejantes cristianos los condenará el etiope al separarse ambos colegios, uno rico para la eternidad, otro pobre para siempre.

»¿Qué dirán los persas á vuestros reyes al ver abierto el libro donde están consignadas todas sus torpezas? Entre los actos de Alberto se notará aquel que luego lanzara el águila, bajo la que el reino de Praga no será más que un páramo.

»Se verá allí el dolor excitado en las orillas del Sena, por el que sucumbirá de resultas de una herida que le inferirá un jabalí (1).

»Tambien se notará el exagerado orgullo de los escoceses é ingleses, dementes hasta el caso de no saber detenerse en su límite, y la lujuria y vida voluptuosa de aquellos monarcas de España y Bohemia (2), á quienes no conoció ni apreció heroismo.

»Señalada con una I, se verá tambien allí la bondad del Cojo de Jerusalen (3), como lo será con una M el que marchó contra él.

»Asimismo se verá la doblez y avaricia del posesor de la isla de Fuego (4), en la que Anquises dió fin á su larga caminata. Y en prueba de su escaso valimiento, su lema se formará de caracteres truncados, que se expresarán mucho en poco espacio.

»En cada uno se verán las bajezas del hermano y del tío que envilecieran una nacion valiente y dos coronas.

---

(1) Felipe el Hermoso.
(2) Alfonso y Wenceslao.
(3) Carlos, monarca de Pulla y Jerusalen.
(4) Federico de Sicilia.

»Reconocidos serán allí los reyes de Portugal y Noruega, y el de Rascio, que alteró los límites de Venecia.

»¡Venturosa será Hungría si no permite que se la maltrate más! ¡Venturosa podrá ser Navarra si se refugia en las montañas que la circundan!

»Crean todos que Nicosia y Famagusta claman ya por el momento de la venganza, y se agitan y querellan por causa de la bestia que las dirige (1), bestia que no se aparta de las huellas de los otros brutos.»

CANTO VIGÉSIMO

Apóstrofe contra las malas obras de diferentes principios cristianos.—Dante observa en el Aguila celestial las almas de varios reyes que obraron con justicia y virtud.—Admirándose de ver en el Cielo dos personajes que no practicaron la fe cristiana, le dice el Aguila el modo cómo se salvaron aquellos dos espíritus.

Al descender de nuestro hemisferio el que lo alumbra todo, extínguese el dia por todos lados, y el Cielo, iluminado antes por el, se muestra tachonado de luces, de entre las cuales sólo una resplandece.

Aquel estado del Cielo se presentó á mi imaginacion al cerrar su pico el signo del mundo; porque teniendo más brillo aquellos esplendores, comenzaron de nuevo algunas melodias que han desaparecido ya de mi mente.

¡Oh grato amor, siempre sonriente, que abrasador te creia enmedio de los resplandores que aspiraban sólo sacrosantas ideas! Luego que aquellas preciadas y brillantes joyas, de que ví englanada la luz santa, callaron sus celestiales notas, me pareció oir el murmullo de un rio que, al descender de una cascada, muestra el raudal de su curso.

Y como se produce el sonido al más ténue contacto de un arpa, ó al entrar el aire en la churumbela, nació un mugido del cuello del Aguila, como si estuviese taladrado. El mugido

(1) Dos poblaciones de Chipre, sometidas á Enrique II.

ó rumor se trucó súbitamente en voz, saliendo por un pico formando conceptos, que procuré grabar en mi corazon por aguardarlos con tal ansiedad.

«La parte que de mí misma adviertes y que en las águilas vulgares pueden sostener la brillantez del sol, desea que se la mire ahora con fijeza, me dijo, porque entre los fuegos que dan forma á mi faz, los que dan brillo al ojo de mi cabeza son los principales de todos sus grados.

»El que luce enmedio de la niña ha sido el gran cantor del Espíritu Santo, que llevó el arca de pueblo en pueblo (1); hoy sabe lo que vale su canto, y el resultado de su voluntad, por el galardon relativo que ha recibido.

(1) El rey David.

»Entre los cinco que describen el arco de mi ceja, el más cercano á mi pico, dió consuelo á la viuda al morir su hijo (1); por la práctica de esta grata vida y la de la contraria, sabe cuán caro resulta el no ir en pos del Cristo.

»El que le sigue en sentido ascendente, retrasó la muerte mediante una verídica penitencia (2), ha aprendido ahora que no cambia el arco eterno, sin embargo que allí abajo una prez ardiente junte la víspera con el otro dia.

»El que va en pos de él, transfirió las leyes en Bizancio (3), por lo que, á pesar de su sana intencion, produjo resultados tristes, y se hizo griego para dejar su sitio al Pastor; hoy sabe que el mal que inocentemente produjo no le daña, aunque diera pié á la destruccion del mundo.

»El que notas en el descenso del arco, fué Guillermo, quien echó de menos la tierra que llora á Cárlos y Federico (4); conoce ahora cómo aprecia el Cielo á un rey justo, como lo patentiza su brillante resplandor. ¿Quién creeria que en la tierra tan plagada de errores, que Rifeo el de Troya es la quinta luz de estos santos resplandores.?

»Respecto á la divina gracia, sabe él más hoy que lo que pueda ver el mundo, aunque su vista no alcance todavía su fondo.»

«Como ave que cantando se eleva, y súbitamente calla satisfecha de su postrera armonía, creí á la imágen del signo de la suprema voluntad, á cuyo placer vuelven las cosas al sér que tuvieron; y aunque mi duda fuese como en el vidrio el color que refleja, no pude guardar silencio por más tiempo.

«¿Qué cosas son esas?» hizo emanar de mis labios la gravedad de su peso, por notar grandes pruebas de regocijo. Despues, con la vista más enardecida, me repuso el bendito signo, por no acrecentar más mi asombro:

»Comprendo que crees esas cosas porque yo te las sugiero, y sin conocer el motivo; de suerte, que, si bien proferidas, no dejan de estar ocultas; practicas lo que el que aprende de memoria, que no conoce el sentido sin que otro se lo aclare

(1) Trajano, emperador.
(2) Ezequías.
(3) Constantino.
(4) Guillermo II, llamado el Bueno, rey de Sicilia.

Regnum cœlorum cede ante la fuerza de un ardiente amor y de una esperanza tan viva que triunfan de la divina voluntad: no como consigue el hombre dominar á su semejante, pues que sólo vencen porque aquella se deja vencer, y vencida, triunfa por su gran bondad.

»Te causa estrañeza al ver la primera y quinta alma del arco en la mansion celestial; mas no vinieron paganas de sus cuerpos como te figuras, y sí cristianas, poseyendo fe ardiente, la una en los que habian de sufrir (1), la otra en los que habian sufrido (2).

»La una salió del infierno, del que jamás se regresa con sana intencion, y tomó otra vez su cuerpo en premio de una esperanza viva, que diera tal fuerza á las plegarias elevadas á Dios para resucitarla, que consiguió inclinar su voluntad eterna. La gloriosa alma á que me refiero, vuelta á unir á la carne, de la que no tardó en apartarse, creyó en el que lo podia auxiliar, y así creyendo, se inflamó de suerte que la llama de verdadero amor, luego de su otra muerte, mereció el honor de asistir á esta fiesta.

»La otra por gracia nacida de una fuente tan magnífica que jamás el ojo de humano sér pudo atravesar la superficie, estuvo en la tierra dotada de sano espíritu; y de merced en merced, le abrió Dios los ojos, que supo poner en nuestra futura redencion. Cuando hubo creido en ella, dejó de padecer la infeccion pagana, y fué el cuchillo de la perversidad del hombre.

»Las tres mujeres que has visto en la rueda diestra del carro (3), lo sacaron de la pila tres mil y más años antes de su bautismo. ¡Ah predestinacion, qué distante se halla tu raíz de los ojos que no distinguen el gran móvil!

»Y vosotros, mortales, sed prudentes en vuestras ideas, pues que nosotros, que no vemos á Dios, todavía no conocemos todos los escogitados. Sin embargo, disfrutamos en nuestra ignorancia, cifrando nuestra felicidad en apetecer lo mismo que Dios quiere.»

Esta fué la suave medicina que la santa imágen me dió para alargar mi corta vista.

(1) Rifeo.
(2) Trajano.
(3) Tres virtudes teologales.